

Reseñas

Bronislaw Geremek. *La piedad y la borca. Historia de la miseria y de la caridad en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

Bronislaw Geremek propone, en forma por demás novedosa, un estudio de las “transformaciones que han sufrido [...] las ideas sobre la pobreza y las reacciones colectivas en relación con ella” desde la Edad Media hasta nuestros días (p. 17). Para lograr dicho objetivo contrasta la teoría y la praxis de la caridad con la realidad social del pauperismo. Pero el carácter innovador de su obra no radica tanto en el objeto de estudio como en la construcción del mismo, esto es, en el planteamiento del problema en torno a la pobreza y la caridad, que torna difícil adjetivar su obra de una sola vez. Es, al mismo tiempo, un cuida-

doso y bien documentado libro de historia económica que atiende el problema de la pobreza en relación con el mercado de trabajo, las crisis agrícolas, el crecimiento demográfico, la inmigración del campo a la ciudad y la consiguiente falta de adaptación de la población campesina a las nuevas condiciones fabriles ante la incipiente industrialización; una historia social que no desdén acercarse al problema de la peligrosidad de los vagabundos a un paso de la delincuencia, que acosa por doquier en épocas de epidemias, guerras o hambrunas, perfectos caldos de cultivo para la transmisión de enfermedades tanto como de actitudes subversivas. Finalmente, una historia de las ideas y de las mentalidades que se nutre de las polémicas intelectuales de la elite clerical y gobernante sin olvidar las actitudes psicológicas, religiosas y

éticas de las masas frente al desvalido. Esta historia da cuenta por igual de la estructura y la coyuntura; no descarta la interpretación global pero atiende siempre de manera escrupulosa a la historia local, urbana o rural, donde la tendencia general puede dibujar rumbos diversos.

Al estudiar el pauperismo se distinguen dos tipos de grupos afectados y dos vías de producción del mismo. Por un lado, Geremek encuentra a quienes habiendo vivido un "proceso de degradación material y social" han visto amenazado su estatus anterior al mermarse sus condiciones de vida. Por el otro, quienes, sujetos a una situación de extrema necesidad, ven amenazada su propia supervivencia de manera irreversible, condición que determina el estilo de vida de una clase. La atención de Geremek incide de manera privilegiada sobre este grupo. Una de las vías de emergencia del pauperismo está sujeta a la coyuntura social, a calamidades naturales, a las relaciones entre los grandes propietarios de tierras y las masas de cultivadores directos, a las formas de la renta feudal y del grado de explotación. La otra se presenta bajo la penetración de la economía de mercado y del dinero en la vida social y económica, conduciendo a la proletarización del campo.

Ambos presupuestos –los grupos afectados y los mecanismos de instrumentación del pauperismo– se vinculan en las sociedades europeas cuando las grandes masas de población, que se mantienen en el "límite del mínimo de subsistencia", se ven asediadas por una pequeña mutación en los precios

agrícolas o por una disminución de la cosecha. Entonces, no es preciso esperar mucho para ver a los mendigos poblar caminos, plazas y ciudades. La política social y de represión dirigida a estos grupos se rompía justamente en los momentos de "misericordia coyuntural", cuando por igual podían nacer sentimientos que mezclaran un impulso espontáneo de misericordia junto al temor siempre latente ante las masas hambrientas. "La piedad y la horca" convivían en franca contradicción, reflejando la complejidad de un fenómeno que se tornó aún más agudo con la nueva política de asistencia social en el siglo XVI:

La laicización total o parcial de las instituciones hospitalarias y de caridad troppezaba con la oposición de las autoridades eclesiásticas [...], las iniciativas represivas contra los mendicantes y los vagabundos hacían mella en los sentimientos de solidaridad de la comunidad local y de los estratos populares; la prohibición de mendigar y de ofrecer limosnas chocaba con la necesidad de manifestar sentimientos cristianos, de realizar el postulado de la solidaridad humana, de ofrecer un donativo de caridad y de afirmar la propia posición material y social (pp. 195-196).

Además de la forma de abordar el problema, el trabajo de Geremek presenta otra virtud. Replantea, con datos conocidos y otros nuevos, problemas viejos a los que da una solución cualitativamente distinta. Siendo bien conocida la afirmación de que, según la doctrina católica, la convivencia entre ricos y pobres se justifica porque am-

bos se necesitan –los unos para obtener la salvación por medio del ejercicio de la caridad y los otros porque la pobreza posee un valor espiritual–, se ha pretendido deducir que la Iglesia exaltaba la condición material del pobre. Lo que la Iglesia reivindicaba era la elección voluntaria de la pobreza, el desprenderse de los bienes terrenales, pero jamás aprobó la miseria material: ni el miserable ve garantizada la salvación ni entraña santidad el mero hecho de ser pobre. Es más, los pobres envidian a los ricos, sentimiento nada edificante. En el medievo, como lo será posteriormente, la pobreza es fuente de marginación y el pobre sufre al vivir en un clima de repulsión justo porque la apología de la pobreza se enmarca en un plano estrictamente espiritual. De ahí también la indiferencia mostrada por la elite hacia la miseria, pese a todo el discurso religioso en torno a la caridad. Por ello,

en el marco de esta miseria real de los trabajadores, el *etbos* medieval de la pobreza, con su sistema de limosnas y de asistencia hospitalaria, demuestra una profunda indiferencia o bien una absoluta ineficacia. Quedaba únicamente la solidaridad o el apoyo por parte de la familia o de la vecindad; pero éstos sólo eran eficaces cuando las dimensiones de la miseria eran limitadas (p. 82).

La historiografía de la Europa moderna creó una imagen falsa del medievo para justificar su política asistencial, misma que fue asumida por los historiadores sin mayor crítica. Se adujo entonces que el programa de

asistencia medieval estaba lleno de defectos: sobaban las limosnas, no se discriminaba a unos pobres de otros según sus necesidades y aptitudes para el trabajo, la gestión quedaba en manos de instancias eclesiásticas únicamente, aspectos por completo falsos según afirma Geremek.

De ahí que la proliferación de mendigos durante los siglos XVI y XVII no obedezca exclusivamente a la pérdida de crédito del concepto de caridad en la doctrina católica, supuestamente defensora de la mendicidad y del vagabundaje. No, ella conoce razones de orden material. Ha sido resultado de “la descomposición de las estructuras medievales” (p. 126) en el sistema agrario y en la estructura social de las poblaciones rurales, misma que permitió la primera acumulación capitalista. Si bien los mendicantes han perdido su funcionalidad en las categorías mentales del medievo y ahora los no trabajadores constituyen una masa dañina para el bien público, no es menos cierto que la depauperación de los pequeños productores admite una clara función: sin ellos no hubiera sido posible el desarrollo del capitalismo. La necesidad de crear un mercado libre de fuerza de trabajo “puede considerarse como uno de los elementos que ligan de manera indisoluble la evolución inicial del capitalismo a la depauperación. Esto explica también la generalización del problema de los pobres en la Europa del siglo XVI” (p. 136). De hecho, si algo distingue a la conciencia social y a la política ciudadana en el segundo decenio del siglo XVI en materia de pobreza es justa-

mente la sensación de que se está ante un fenómeno de magnitudes imprevisibles y en una situación de cambio.

Por ello, a Geremek le parece igualmente exagerado atribuir la dureza de la política inglesa de asistencia social a la ideología puritana, que veía en las instituciones de caridad una contravención del orden divino. Tanto en Inglaterra como en países protestantes y católicos perdura la beneficencia individual —aunque ha dejado de ser la forma dominante de asistencia social— porque la ostentación de la caridad era antes que nada “una afirmación de prestigio, de riqueza y de poder” (p. 195). Estudiar las controversias ideológicas del siglo XVI en torno a la pobreza y la caridad separándolas de la realidad y erigiéndolas en la “fuerza motriz” de la nueva política social, ha impedido observar que dicha polémica tuvo lugar en una situación de progresiva depauperación. Como ha ocurrido otras tantas veces, la polémica intelectual no refleja tanto la realidad cuanto “la toma de conciencia de los problemas sociales de la época moderna por los hombres del siglo XVI” (p. 196).

Pero la auténtica “modernidad” se advierte hasta la segunda mitad del siglo XVIII. La asistencia institucionalizada, la creación de fuentes de trabajo y la represión de los vagabundos ceden el paso a una reflexión sobre la pobreza que ya no pretende la eliminación del mendigo. El objeto de discusión ha cambiado, ahora interesa comprender el pauperismo como un fenómeno de masas y determinar su lugar en el sistema económico.

Para terminar, el autor compara las

disputas medievales en torno a la pobreza con las actuales. En esta comparación se expresa de manera palpable el “sentido de la investigación”, que se constituye en la actualidad en la observación e interpretación de estos mismos fenómenos en los países subdesarrollados y en vías de desarrollo. Hoy como antaño se asegura que las ayudas internacionales a los países pobres no hacen sino acrecentar el estado de pasividad y de apatía al impedir que los propios países hagan un esfuerzo por salir de la miseria. De aquí se deduce que la obligación de luchar contra la pobreza sólo atañe a los países subdesarrollados, quienes han labrado su propio futuro. Así como la riqueza es fruto del mérito, la pobreza lo es de la ociosidad. Igualmente presente en la política hacia el Tercer Mundo, se encuentra la preocupación de que la miseria llegue a ser peligrosa para el orden internacional, aserción que recoge el antiguo temor medieval hacia los vagabundos y los indigentes.

De nuevo el *presentismo* busca un lugar en la historiografía.

María Cristina Sacristán
INSTITUTO MORA

Bobette, Gugliotta, *Women of Mexico: the consecrated and the commoners 1519-1990*, Floricanto Press, Encino, California, 1989.

Elizabeth, Salas, *Soldaderas in the mexican military, myth and history*, University of Texas Press, Austin, 1990.

Soto, Sherlene, *Emergence of the modern mexican woman: her partici-*